

**LA BUROCRACIA ABSURDAMENTE PERFECTA.
UNA REVISIÓN DE LA INTERPRETACIÓN DE FRANZ KAFKA
A PARTIR DE MAX WEBER**

**THE ABSURDLY PERFECT BUREAUCRACY.
A REVIEW OF THE INTERPRETATION OF FRANZ KAFKA
FROM MAX WEBER**

Julián Chaves González

Universidad Carlos III de Madrid

ABSTRACT

This article studies Franz Kafka's narrative work based on Max Weber's sociology and his analysis of bureaucracy. For this, the hypothesis is proposed that Kafka replicates the ideal model of the Weberian bureaucracy except for its protagonists, who face the failures and absurdities of this model in an environment of extreme rationality. The conclusion of the work is that this tension between an individual for whom the bureaucracy works in an absurd way and a context where the bureaucracy works perfectly offers us the essence of the Kafkaesque, where the error is effective and the absurd, rational.

Keywords: Kafka, Weber, bureaucracy, civil servant, power



RESUMEN

Este artículo estudia la obra narrativa de Franz Kafka a partir de la sociología de Max Weber y su análisis de la burocracia. Para ello, se propone la hipótesis de que Kafka reproduce el modelo ideal de la burocracia weberiana excepto en sus protagonistas, quienes se enfrentan a los fallos y a los absurdos de este modelo en un ambiente de extrema racionalidad. La conclusión del trabajo es que esa tensión entre un individuo para quien la burocracia funciona de manera absurda y un contexto donde la burocracia funciona perfectamente nos ofrece la esencia de lo kafkiano, donde el error es eficaz y lo absurdo, racional.

Palabras clave: Kafka, Weber, burocracia, funcionario, poder.

Fecha de recepción: 27 de septiembre de 2021.

Fecha de aceptación: 11 de octubre de 2021.

Cómo citar: Chaves González, Julián (2021): «La burocracia absurdamente perfecta. Una revisión de la interpretación de Franz Kafka a partir de Max Weber», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 5: 133-161.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2021.5.007>

1. INTRODUCCIÓN

me agito en una noria de papeles, el teléfono servicial,
el tecleto de la máquina como una tos del sueldo
FÉLIX GRANDE

Las obras de Max Weber y Franz Kafka han sido objeto de numerosas interpretaciones y muy variadas comparaciones, pero tal vez ninguna interpretación ha sido más privilegiada que aquella que las compara entre sí. Para ello, el concepto de burocracia ha ofrecido usualmente la clave de acceso a la afinidad electiva entre ambos autores, no sólo por sus textos sino también por sus contextos y biografías, que los llevaron a vivir de cerca la burocracia de su tiempo.

Tradicionalmente, el análisis de la comparación entre Kafka y Weber ha partido de la relación del primero con el hermano del segundo, Alfred Weber, relación no sólo profesional —no llegó a ser personal— sino, como se ha demostrado¹ (González García, 1989: 24-29) (Harrington, 2007) (Litowitz, 2011: 50-53), también de influjo intelectual: la redacción del cuento de Kafka, «En la colonia penitenciaria», estuvo influida por el artículo de Alfred Weber, «El funcionario», publicado en 1910 en *Die neue Rundschau*, revista que, como prueban los diarios y las cartas, Kafka solía leer. Además, se han señalado multitud de semejanzas terminológicas, metafóricas y analíticas en el retrato de la burocracia que hacen ambos textos. Siguiendo esta línea de investigación de influencia indirecta, se ha demostrado, asimismo, que Kafka llegó a tener conocimiento de la tesis de Weber al respecto de la ética protestante y el espíritu del capitalismo (González García, 1989) pero poco más puede decirse de esa relación, siempre mediada.

A partir de estas conexiones, José M. González García ha realizado uno de los estudios más prolijos y rigurosos del vínculo entre Weber y Kafka (González García, 1989), del que destaca, especialmente, su interdisciplinariedad —asumiendo desde el principio que analizar una afinidad electiva es, en sí, transversal a distintas ciencias— entre el análisis histórico, biográfico, literario o conceptual. Una de las virtudes principales de su contribución es haber señalado distintas líneas investigativas que no por ello quedan del todo

¹ Se citan fuentes secundarias de la investigación de la relación entre Alfred Weber y Kafka dado que, para este trabajo, hemos manejado textos que llevaban ese análisis hacia Max Weber. El artículo al que corresponde el mérito de haber señalado esta conexión es el de Lange-Kirchheim, Astrid, «Franz Kafka: “In der Strafkolonie” und Alfred Weber: “Der Beamte”», *Germanisch-Romanische Monatschrift*, vol. 27, 1977: 202-221.

inexploradas, y de las que el presente ensayo pretende ser una continuación. Ahora bien, si González García —como en general todos los artículos dedicados a la afinidad entre Weber y Kafka— oscila entre la comparación biográfica-histórica y la literaria-conceptual, este trabajo prefiere centrarse en los textos de ambos autores y dejar a un lado el análisis tradicional antedicho, siempre que su omisión, claro está, no sea decisiva para aquello que se trate. No obstante, lo que se conserva de ese análisis es el tema de la burocracia como la bisagra fundamental del vínculo entre ambas obras.

Por ello, lo que se pretende aquí es tomar los textos por sí mismos y analizar algunas de las conexiones más y menos evidentes entre las obras de Weber y Kafka, así como sus semejanzas y desemejanzas, pues en sus diferencias también se juega buena parte de lo que quieren decir. González García ya destacaba buena parte de los pasajes fundamentales de Kafka respecto a Weber y viceversa, por lo que avanzó gran parte del trabajo que se quiere continuar aquí —intentando no repetir lo ya dicho—, así como otros artículos con semejante método (Jørgensen, 2012) (Warner, 2007). Lo que quiere avanzar este trabajo es, por una parte, una herramienta de lectura para desentrañar el vínculo que hay entre el retrato de la burocracia que manejan Weber y Kafka, así como, por otra parte, y a partir de esa clave, profundizar y analizar más detenidamente muchos de los pasajes de la obra del segundo. En este sentido, ha de advertirse desde el principio que la dirección del análisis irá de Weber hacia Kafka, sin desdeñar, no obstante, lo que el segundo pueda iluminar en la obra del primero. Con esto, el artículo tiene como principal objetivo ofrecer una pequeña aportación al análisis del concepto de burocracia en Kafka y esclarecer un concepto, el de lo kafkiano, que está repleto de zonas sombrías. En cuanto a los objetivos secundarios, el artículo se propone revisar algunas otras cuestiones referentes a las «vidas paralelas» de Weber y Kafka, como el interés en Estados Unidos, así como otros asuntos que conciernen a sus obras de una manera más general y ya no tan centrados en la burocracia.

2. LA DOBLE INTERPRETACIÓN CONTRADICTORIA Y UNA PROPUESTA DE HIPÓTESIS

Cuando se ha querido comparar la burocracia weberiana y la burocracia kafkiana, se han sacado dos conclusiones contradictorias, a menudo ni siquiera advertidas por quienes las han defendido: la primera, que Kafka, llevando al extremo los rasgos esenciales de la

burocracia, habría conseguido dibujar el concepto-tipo o el tipo ideal de burocracia descrito por Weber (González García, 1989: 133-136); la segunda, sin embargo, dice muy otra cosa, a saber, que el sistema burocrático kafkiano representa el absurdo en el que desemboca la forma más racional de dominación: así, Weber y Kafka serían «como la noche y el día»² (Jørgensen, 2012: 194), Kafka «mostraría pocas de las características [de la burocracia weberiana]» (Warner, 2007: 1025) o solamente remitiría a «la circularidad y vacuidad (por no hablar de la estupidez) de la burocracia» (Graeber, 2015: 56).

Podría pensarse, intuitivamente, que no hay tal contradicción, puesto que sería posible que la forma más extrema de burocracia diera como resultado el absurdo, y no el perfecto cumplimiento de sus objetivos de eficacia. Es difícil deshacer esta incógnita en la totalidad de la obra de Weber, ya que es una de sus ambivalencias fundamentales,³ pero, para entender la contradicción, hemos de reparar en algunos de los conceptos weberianos que ya se han puesto en juego.

El primero y fundamental es el de concepto-tipo o tipo ideal, introducido en los fundamentos metodológicos de *Economía y sociedad* y que refiere a la herramienta analítica básica de la sociología weberiana, la cual consiste en la descripción de fenómenos sociales a partir de constructos ideales que no se ajustan a la realidad pero que permiten analizarla sociológicamente, puesto que apuntan a las estructuras y reglas generales de la acción social. Lo decisivo del tipo ideal es su condición de ser «extraño a la realidad» —y las comillas son del propio Weber— puesto que le añade dos rasgos fundamentales para nuestra interpretación: 1) imagina cómo sería el caso ideal de lo descrito y 2) propone una distancia que permite cotejar la realidad respecto al tipo ideal (Weber, 1964: 17). En este sentido, el concepto de burocracia que aparecerá páginas más tarde en *Economía y sociedad* no puede representar el absurdo, puesto que lo que se pretende es entender cómo funcionaría en caso de que lo hiciera de manera puramente racional; lo más que puede representar Kafka es, tal vez, esa *distancia* con el constructo sociológico. Joaquín Abellán ha señalado, asimismo, que

² Todas las citas cuya referencia es un texto en un idioma distinto del castellano son traducción propia.

³ Que Weber reconozca y alabe la eficacia burocrática a la par que critica algunas de sus consecuencias es, asimismo, la tensión que hay entre los escritos sociológicos y los escritos críticos —o políticos, como se han traducido en castellano— de Weber (González García, 1989: 183). No obstante, basta con los escritos políticos para percibir esa tensión: si bien Weber hace una crítica evidente de la burocratización del socialismo, también señala la *inevitabilidad* de la burocracia como sistema político de la democracia de masas y de la economía moderna (Weber, 2008: 297). Lo que importa es que la diferenciación entre una burocracia amable y otra hostil en los escritos sociológicos o científicos respecto a los políticos nos lleva, forzosamente y como hacemos inmediatamente después, a interpretar la tesis de que Kafka es el tipo ideal de la burocracia como contradictoria de aquella que resulta en un absurdo burocrático.

el tipo ideal «se contruye “en relación con los valores” [...] que serán aquellos dominantes en [la época del investigador]» (Abellán, 2019: 3), lo que no quiere decir que haya un juicio valorativo debajo del concepto, pero sí que no podemos entender la burocracia weberiana —al menos, en sus escritos científicos— como un sistema conducente a la irracionalidad, dado que los valores respecto a la burocracia en el contexto de Weber eran eminentemente favorables a su desarrollo.⁴ Por tanto, las dos tesis antedichas no pueden coincidir haciendo equivaler tipo ideal y absurdo burocrático.⁵

Otro de los conceptos weberianos que separa esas dos conclusiones sobre Kafka es el de racionalización, que tiene una de sus formulaciones elementales en la noción de *desencantamiento* o *desmagificación del mundo* (*Entzauberung der Welt*). Si la burocracia representa la forma más pura de dominación legal-racional (Weber, 1964: 175) —entiéndase esta última, tentativamente, como forma de obediencia que se legitima en documentos jurídicos impersonales—, también participa del proceso de desencantamiento que no sólo cancela lo místico o lo religioso del mundo, sino que, principalmente, significa una creencia en el dominio técnico de la realidad (y es creencia no porque tenga algún cariz religioso, sino porque lo que importa, y Weber lo subraya en cursiva en el célebre pasaje al que nos referimos aquí, es que el cálculo y la previsión se toman como la *capacidad* ya siempre *posible* de entender racionalmente el funcionamiento de la realidad) (Weber, 2012: 196). Por tanto, es evidente que, entendiendo la burocracia como tipo ideal de dominación legal-racional y como fase concluyente de la racionalización occidental, no se puede decir que el modelo de burocracia descrito en *Economía y sociedad* sea un modelo absurdo o que tienda al mismo, a pesar de lo que luego ocurra en la crítica o en el análisis empírico.

Todo lo anterior no quiere decir, sin embargo, que la tesis que sostiene que la relación de Weber y Kafka está mediada por el absurdo burocrático sea falsa, y la de Kafka como tipo ideal, verdadera. Más bien, lo problemático es que ambas son verdaderas. La hipótesis que quiere sostener el presente artículo es que, *en la obra de Franz Kafka, asistimos a procesos burocráticos irracionales y absurdos en un contexto o ambiente donde la burocracia alcanza su tipo*

⁴ Buena prueba de ello es el propio artículo de Alfred Weber (Harrington, 2007: 47-59) o la polémica mantenida por los hermanos Weber en la Alemania del momento por sus críticas a la burocracia (González García, 1989: 191-204).

⁵ Con la idea del perfecto funcionamiento de la burocracia no nos referimos a un sistema que provoque, de suyo, una imagen amable o esencialmente positiva: cuando González García se ocupa de Kafka como burocracia extrema, señala que su mundo de funcionarios es un mundo «en el que la pesadilla burocrática se impone por completo» (González García, 1989: 53), lo que no quiere decir que funcione de manera absurda, sino todo lo contrario.



ideal, de extrema perfección y puramente racional. Esta primera e inexplicada formulación de la hipótesis, que combina las dos interpretaciones antedichas, puede parecer una incógnita, pero es que de una incógnita se trata: la que esconde la letra K.

Probar esta hipótesis será la tarea del presente trabajo, pero podemos formularla y explicarla más claramente tomando como apoyo conceptual una tesis de Judith Butler respecto a la noción de subjetividad. En sus textos ya no tan recientes pero sí posteriores a *El género en disputa*, Butler ha desarrollado el concepto foucaultiano de subjetividad sosteniendo la tesis de que el sujeto se instituye o nace conforme a las normas y condiciones del poder, sin que por ello sea «una repetición meramente mecánica» (Butler, 2019: 27).⁶ Además, Butler percibe que el hecho de no poder reproducir la norma de manera unívoca supone un riesgo para el sujeto: «esa repetición crea un ámbito de riesgo porque, si no consigue restituir las normas «correctamente», se verá sujeto a sanciones posteriores y sentirá amenazadas las condiciones imperantes de su existencia» (Butler, 2019: 40). Sin entrar en las peculiaridades de las nociones que articulan el discurso de Butler —pues no es nuestra tarea ocuparnos de la subjetividad, ni mucho menos convertir a Kafka y a Weber en pensadores foucaultianos—, podemos traducir su tesis a nuestra hipótesis, asumiendo que el sujeto no puede reiterar en sí mismo el tipo ideal de burocracia: *en la obra de Kafka, se reproduce el tipo ideal de burocracia descrito por Max Weber hasta que entra en contacto con el sujeto-protagonista del relato, en quien la burocracia muestra su fondo irracional o sus absurdos.* A continuación, se quiere probar esta hipótesis haciendo una comparativa entre el retrato que hace Weber del modelo ideal y la obra de Kafka para observar cómo este se cumple a la par que se incumple en los textos del segundo. Ese esquema siempre tiene lugar a partir de la incógnita K. o el protagonista de las dos mayores novelas de Kafka —un trasunto de sí mismo y del resto de personajes de su obra—, que es el sujeto en quien fracasan las normas o características burocráticas, mostrándose normalmente absurdas, incumpléndose por distintos hechos o, directamente, dándose de manera radicalmente opuesta a como las enuncia Weber.

⁶ El desarrollo de esta tesis continúa en dos aportaciones posteriores: Butler, Judith, *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Buenos Aires: Amorrortu, trad. de Horacio Pons, 2012, y *Los sentidos del sujeto*, Barcelona: Herder, trad. de Paula Kuffer, 2016. Aun así, puede afirmarse, casi con seguridad, que Butler ha manejado esta tesis desde *El género en disputa*, pues allí se formulan hipótesis como que: «el yo con un género constante revelará entonces estar organizado por actos reiterados que desean acercarse al ideal de una base sustancial de identidad, pero que, en su discontinuidad eventual, manifiesta la base temporal y contingente de esta “base”». Cfr. Butler, J., *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós, trad. de María Antonia Muñoz, 2016: 274.

2.1. LAS INTUICIONES DE WALTER BENJAMIN

Antes de someter la exégesis de los textos a la hipótesis anterior, hemos de señalar que uno de los comentaristas de Kafka supo prever esta tensión en su obra. Ese glosista fue Walter Benjamin, otro de los autores, junto con Butler aunque ya directamente relacionado con la obra kafkiana, cuya lectura dio pie a la hipótesis anteriormente enunciada. A lo largo de los textos, cartas y apuntes que Benjamin dedicó a Kafka, podemos entrever distintos momentos en los que formula ideas que apuntalan las hipótesis anteriormente enunciadas.

El momento más evidente se da cuando Benjamin, en una carta dirigida a Gershom Scholem, dice: «Kafka vive en un mundo *complementario* [...], percibió el complemento sin percibir aquello que lo rodeaba. Si se dice que percibió lo porvenir sin percibir lo que existe hoy, es que lo percibe sin embargo esencialmente como el *único individuo* afectado por él. A sus gestos de espanto los favorece un magnífico *espacio de maniobra* que la catástrofe no conocerá» (Benjamin, 2014: 114). Aquí hay ya una primera formulación de la hipótesis que manejamos: es el sujeto protagonista el que sufre las consecuencias nocivas, absurdas o no queridas de la burocracia, aunque Benjamin no se refiera aquí a la burocracia como tal, sino a la experiencia de las ciudades modernas. Fue Hannah Arendt quien expresó lo mismo de una manera más clara: «el contraste de los protagonistas con la sociedad procede únicamente del hecho de que su papel queda sin definir, carentes como están de un lugar definido en el universo de los empleados» (Arendt, 2005: 98).

Pero Benjamin supo ver que este rasgo era sólo una de las caras de K., porque esta peculiaridad del protagonista kafkiano la va acentuar, en una carta a Adorno, con una segunda intuición que imprime la tensión fundamental en Kafka: Benjamin sostiene que el personaje de K. —que estamos tomando, en términos generales, como el protagonista kafkiano— se define por contraposición con los personajes secundarios como los ayudantes, funcionarios, abogados, habitantes del pueblo, y ese contraste resulta en que K. es «el único ser humano [...], *un ser atípico en toda su medianía* [cursiva propia]» (Benjamin, 2014: 142). Esta es una tensión que se desata en la hipótesis de este trabajo y que habremos de tener en cuenta en lo que sigue: el protagonista que Kafka pone en circulación por el laberinto burocrático encuentra, a su paso, que todo funciona de manera perfecta, incluso los errores o fracasos burocráticos en los que se ve envuelto. Ya no se trataría tan sólo de un tipo-promedio,⁷ sino de un

⁷ Podría decirse también, en una hipótesis alternativa, que K. es el tipo-promedio del tipo ideal de burocracia. De los conceptos-tipo, Weber desprende dos clases: el *tipo puro* o *ideal*, que podríamos decir que es sinónimo

individuo que se ve envuelto en un absurdo que, sin embargo, se enmarca en un ambiente de perfecta racionalidad:⁸ hay dos mundos en Kafka, ha dicho Camus, que «son los de la vida cotidiana, por una parte, y la inquietud sobrenatural, por otra» (Camus, 2017: 162). En este punto, Benjamin está llevando la hipótesis más allá: no sólo es que cuando la burocracia entre en contacto con el sujeto aparezcan sus errores y sus absurdos, sino que esos mismos absurdos forman parte de la racionalidad extrema de la burocracia.

Una tercera intuición de Benjamin se encuentra en sus notas nunca desarrolladas, escritas a la luz de las cartas y de la preparación del famoso ensayo sobre Kafka, así como de la conferencia que le dedicó al autor. Dado que la cita es fundamental para entender cómo en Kafka se dan las dos tesis tradicionales y contradictorias que anunciamos al principio de esta sección, citaremos en extenso el fragmento:

«A las cercanías de este elemento parabólico pertenece aquello que se podría denominar el elemento satírico en Kafka. Pues en Kafka se ha perdido un satírico. *Y también sería difícil de imaginar que un autor se hubiera ocupado tanto como Kafka de la burocracia, sin caer en el costado de ese objeto que provoca la sátira.* [...] Si bien seguramente sería un enorme malentendido presentar a Kafka como un autor satírico, sería lo mismo de inoportuno pasar por alto los temas satíricos por una afectación metafísica, donde se acumulan de tal forma como en *El proceso*. *En este libro, una sátira fue sofocada*, por así decir. El paso lento de este cultivo del derecho, la sobornabilidad de sus servidores, el modo ajeno al mundo de sus cuestionamientos, la incomprensibilidad de sus condenas, la inseguridad de los encargados de ejecutarlas —estos son los temas de *El proceso*, pero son también los de la sátira clásica sobre la justicia desde... hasta Dickens [cursivas propias]» (Benjamin, 2014: 209)

Benjamin es clarísimo, contra su costumbre, en este fragmento: en Kafka no hay ánimo de hacer de la burocracia un absurdo con que mostrar críticamente las raídas entretelas de su eficacia y su racionalidad, sino que esa crítica, si se da, ha de buscarse donde la sátira se abandona o se pierde, donde el humor pasa a ser profundamente negro y termina por no distinguirse de la seriedad. Ese es el terror que muchos han señalado en Kafka como la mezcla de realismo y fantasía, cuyas caras son ambas terroríficas: la burocracia extrema o

del anterior, o sea, la formulación «“extraña a la realidad”» del concepto, y los *tipos-promedio*, que son «empírico-estadísticos» y que Weber no desarrolla pues no es lo que importa en su metodología (Weber, 1964: 17). K. podría ser, por tanto, el hecho empírico del funcionamiento de la burocracia, pero tampoco arroja luz sobre la contradicción a la vez entre una burocracia ideal y otra absurda.

⁸ Roland Barthes ha descrito muy bien esta paradoja: «la técnica de Kafka implica pues, en primer lugar un acuerdo con el mundo, una sumisión al lenguaje usual, pero inmediatamente después una reserva, una duda, un temor ante la letra de los signos propuestos por el mundo» (2002; 191). Y sigue diciendo, citando el *Kafka* de Marthe Robert, que esta postura o técnica se resume en un «sí, pero...». Cfr. Robert, Marthe, *Kafka*, Paris: Gallimard, 1965.

ideal que inaugura un mundo de funcionarios y la desorientación y deshumanización del protagonista que se adentra en ella. El humor siniestro que identifican, por ejemplo, Foster Wallace (2007) o Kundera (2012) como lo esencial en Kafka, pero también el propio Benjamin, tiene que ver, precisamente, con la primera objeción, y es radical, a la hipótesis que estábamos manejando: *en la obra de Kafka, la burocracia alcanza un tipo ideal en el que hasta lo que puede considerarse errado es parte de su eficacia*. Contrastar esta objeción con la hipótesis anteriormente enunciada será la tarea que abordaremos a continuación.

3. LA HORA DIFÍCIL DE LOS FUNCIONARIOS

Sin la menor consideración hacia sí mismo, hay que mostrarle detalladamente lo que ha ocurrido y por qué razón ha ocurrido, qué extraordinariamente rara y qué singularmente importante es la ocasión, hay que mostrarle cómo se encuentra torpemente metido en esa ocasión con todo su desamparo, un desamparo en el que no puede encontrarse ningún otro ser sino ese administrado, pero también cómo, si quiere, señor agrimensor, puede dominarlo todo y para ello no tiene que hacer otra cosa que formular de algún modo su petición, cuyo cumplimiento está ya dispuesto, hacia el que se tiende ya... Hay que mostrar todo eso, es la hora difícil de los funcionarios.

El castillo, FRANZ KAFKA

En el mundo de Kafka, sólo hay funcionarios y, en el de Weber, sobran. Cuando el segundo se ocupa de la dominación burocrática en la Alemania de su época, señala que «el poder real [...] reside necesaria e inevitablemente en las manos del *funcionariado*, del civil y del militar» (Weber, 2008: 96). En lo que sigue a la cita anterior, Weber defiende un sistema parlamentario que sirva de freno a la omnipresente burocracia —rechazando, de paso, el sistema monárquico⁹—. Kafka, por su parte, no hace propuestas normativas, pero también podemos ver en su obra una distinción entre un poder ostentatorio o ficticio —el conde Westwest a quien pertenece el castillo es el ejemplo más claro— y el poder real que ejerce

⁹ Weber, acerca de la monarquía, dice que «el monarca está convencido de que es él quien gobierna, mientras que en verdad es el funcionariado el que disfruta del privilegio de hacer y deshacer *sin control y sin responsabilidad*, con el respaldo del monarca. Se adula al monarca y se le muestra la aureola romántica del poder porque puede cambiar a su antojo la *persona* del primer ministro» (Weber, 2008: 124). La distinción entre monarquía y funcionariado que hace Weber tiene que ver con una distinción muy importante, la de poder real y poder ficticio, que ha sido expresada de muy distintas maneras. Ha sido Giorgio Agamben quien, recientemente, ha llevado a cabo una investigación acerca de la genealogía de esta oposición, que la ha bautizado como «reino y gobierno». Cfr. Agamben, Giorgio, *El reino y la gloria. Por una genealogía teológica de la economía y del gobierno. Homo sacer, II, 2*, Valencia: Pre-Textos, 2008.

hasta el más bajo funcionario. De hecho, el funcionario —Klamm, por poner el otro célebre ejemplo de *El castillo*— es percibido como un individuo revestido de máximo poder, mientras que el soberano —el conde— sólo aparece una vez en la novela. Igualmente, al inicio de la misma, el castillo se nos presenta invisible, inhallable: «ni la lucecita más débil sugería el gran castillo» (Kafka, 2014: 9). El poder real, en Kafka y en Weber, está en el funcionario.

En Kafka, sin embargo, el mundo de los funcionarios es siempre el de los otros. La hipótesis del trabajo parte especialmente de que el protagonista no ostenta poder alguno, ni función, ni siquiera una posición —y cuando la tiene, es débil, precaria y provisoria— en la burocracia coincidente con el mundo. El paradigma de esta hipótesis es la parábola —o antiparábola— *Ante la ley*, que fue insertada por Kafka en el último capítulo de *El proceso*. En este conocido informe,¹⁰ el primero y más bajo de los guardianes de la puerta de la ley, y que no puede soportar siquiera la mirada del tercero de los guardianes superiores a él, prohíbe la entrada a un campesino, que no conseguirá entrar aunque al final de su vida se entere de que la puerta le estaba reservada sólo a él. Aquí tenemos a los dos tipos de personajes que nos encontramos en la narrativa de Kafka: el funcionario y el protagonista que cae fuera de la burocracia. El guardián, en este caso, es el ejemplo paradigmático del funcionario weberiano: un antihéroe, que no tiene responsabilidad de sus acciones ni culpa, puesto que actúa por deber (González García, 1989: 169-173). Es algo que supo ver Benjamin, con claridad y con una feliz casualidad terminológica, cuando apuntó en sus notas del ensayo sobre Kafka: «desencantamiento¹¹ del concepto «oculto» del «guardián» en el comentario a la historia intercalada [cursiva propia]» (Benjamin, 2014: 156). Como la sátira se sofoca, la épica de los guardianes se desencanta, se les resta magia para convertirlos en funcionarios. Ejemplo de ello son también las nuevas posiciones que otorga Kafka a Bucéfalo como abogado-funcionario (2017: 363-364) o a Poseidón como administrador de las aguas (lo que no le deja navegar) (2017: 459-460). La pregunta que se nos plantea ahora es, por tanto, cómo es el campesino, el ser humano que se enfrenta a la ley o, más bien, que se adentra en la jaula burocrática sin pertenecer a ella.

¹⁰ Así se ha referido Patxi Lanceros al cuento, y es seguramente mejor denominación que la de antiparábola, debido a su estilo neutro y su narración escueta. Reducir, asimismo, la vida del ser humano que se enfrenta a la ley o a la burocracia a un informe, que no pretende enseñanza alguna sino dar constancia de los hechos, es seguramente mejor que reducirlo a una antiparábola, que no capta la resignación de Kafka; esa resignación que expresa en un célebre aforismo: «en la lucha que sostenéis el mundo y tú, secundo al mundo» (Kafka, 2004: 22). Cfr. Lanceros, Patxi, *Fuera de la ley. Poder, justicia y exceso*, Madrid: Abada, 2012: 9.

¹¹ En la edición original: «Entzauberung des “okkulten” Begriffs des “Türhüters” im Kommentar zur eingelegten Geschichte», en Schweppenhäuser, Hermann (ed.), *Benjamin über Kafka: Texte, Briefzeugnisse, Aufzeichnungen*, Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1981: 131.

Al describir su modelo ideal de burocracia, Weber enumera diez características básicas del funcionario (Weber, 1964: 176) que, en general, coinciden con muchos de los pasajes de la burocracia kafkiana (González García, 1989: 161 y ss.). Lo que vamos a intentar probar aquí, sin embargo, no es sólo cómo ambos modelos se ajustan, sino también cómo los protagonistas kafkianos agrietan ese encaje que parecía perfecto e introducen una incógnita que no puede ser resuelta, sino que, más bien, hace fracasar la equivalencia. Para ello, partiremos de las características que Weber va entresacando en su análisis de la burocracia y las cotejaremos con las novelas y cuentos de Kafka, asumiendo esa distinción fundamental entre los personajes protagonistas y los secundarios, así como señalando, por norma general, los pasajes y rasgos del segundo que sean más significativos para nuestro análisis (porque este, si fuera pormenorizado hasta el extremo, podría extenderse muchísimo). El orden que seguiremos a continuación no es el de Weber, puesto que no vamos a reducir las características de la burocracia a las enumeradas en la página citada, sino que también señalaremos otros rasgos que Weber comenta de paso o en distintos lugares al anteriormente referido.

Uno de los rasgos del funcionario que más preocupaba a Alfred Weber es el de la carrera a partir de los ascensos: literalmente, dice que «[los funcionarios] ganan “respeto”, prestigio y buenos títulos a costa de su alma» (Harrington, 2007: 51). Y su hermano Max consideró a la carrera profesional como uno de los rasgos del tipo ideal de burocracia. En Kafka, podemos advertir este rasgo en los términos generales de su obra: sus protagonistas creen luchar por avanzar, pero en realidad lo único que consiguen es ralentizar —o tan sólo lo intentan— su retroceso o su fracaso respecto a los distintos poderes con que se enfrentan. El K. de *El castillo* le recuerda a su amante, Frieda: «[¿]no sabes cómo hay que luchar para avanzar, sobre todo si se empieza tan abajo? ¿No sabes que hay que utilizar todo lo que ofrece cualquier esperanza?» (Kafka, 2014: 214). Pero, cuando K. dice esto, está luchando por salvar su retroceso: después de que le negaran ser agrimensor del castillo, puesto para el cual K. había acudido al pueblo, le ofrecen un puesto de bedel de la escuela del que termina siendo despedido —por la típica nimiedad kafkiana¹² que provoca una culpa atroz y *segura*—, aunque rechaza el despido acogiéndose a un argumento jurídico e intenta aferrarse a su

¹² David Sánchez Usanos ha denominado a este proceder kafkiano como una «neutralización del sujeto» dado que «no hay modo de localizar la *hamartía*, el error trágico que ha puesto en marcha el aparato vindicativo» (2017: 78). Este rasgo es el que resume la narrativa de Kafka, y que ha sido aclarado, de manera sencilla, por Milan Kundera cuando ha dicho que «el castigo busca la falta» (2012: 125). En este sentido, la *Carta al padre* es uno de los documentos que más iluminan de sentido el universo kafkiano, puesto que en ella está explicado el asunto central de la culpa. También se ha hecho cargo de ello Butler en *Dar cuenta de sí mismo*, op cit.: 68-72.



nueva, pero menor respecto a la jerarquía del castillo, posición. De igual manera ocurre en su otra gran novela, *El proceso*, donde el proceso abierto contra Josef K. no es que no avance, sino que cada vez va peor —algo que tiene que ver con saltarse la jerarquía, cuestión que veremos más abajo—, puesto que, primero, el protagonista descubre que al tribunal «nunca se le puede disuadir» (2016: 215) y, más tarde, que «el procedimiento se va convirtiendo lentamente en sentencia» (2016: 290). En cambio, téngase en cuenta que el resto de personajes, a pesar de que normalmente se muestran en posiciones estáticas que les corresponden por deber, como señala el modelo weberiano, sí tienen abierta la posibilidad del ascenso o, al menos, ya han experimentado alguno: el caso paradigmático es el de Barnabas, el mensajero de K. en *El castillo*, personaje que recibe esa tarea burocrática a pesar de que su hermana había ofendido a un importante funcionario del castillo; en realidad, un caso de acoso sexual¹³ en el que Kafka, consciente de ello para volverlo horripilante, invierte la posición de víctima y verdugo.

Esta cuestión de la carrera por no retroceder está emparentada con otros dos rasgos del funcionario weberiano, que lo es «4) en virtud de un contrato, o sea (en principio) sobre la base de libre selección según 5) *calificación profesional que fundamenta su nombramiento*» (Weber, 1964: 176). A pesar de que nos cruzamos con abogados, guardianes, mensajeros, ayudantes, soldados, incluso con pintores o dioses funcionariales, el protagonista casi nunca tiene formación para su tarea —y si la tiene, no es la tarea principal de la narración, algo que veremos después—, y, por ello, su posición en el universo burocrático no se da a partir de un contrato, sino más bien de una obligación (*El proceso* o *La metamorfosis*) o incluso un regalo: en *El castillo*, el puesto de bedel —puesto para el que no está formado y por ello es sometido a un periodo de prueba sin sueldo¹⁴— de la escuela es concedido como un favor del alcalde a espaldas de sus superiores. El don en Kafka siempre es dado, sin embargo, como alivio de

¹³ Es interesante advertir la desigualdad de género que muestra la narrativa kafkiana. Mientras que los hombres, por lo general, se muestran hostiles, agresivos, díscolos o distantes, las mujeres son más proclives a ayudar a los protagonistas, son amables y comprensivas. El propio Kafka lo hace notar en *El proceso*: «“Reúno ayudantes femeninos” —pensó con asombro» (2016: 168). Eso no quiere decir, sin embargo, que las mujeres no estén, en su universo, en una posición de debilidad: caso especial es el de la hermana de Gregor Samsa, el viajante de comercio que despierta convertido en un insecto, pues ella se empeña en cuidar de su hermano a pesar de su nueva condición, hasta que Samsa desobedece, sale de la habitación, y el padre espeta: «Lo esperaba [...]. Siempre os lo dije; pero vosotras, las mujeres, nunca queréis hacer caso» (2012: 62). Kafka, por sufrirlo, identifica una característica clave de la autoritaria —de *auctoritas*— dominación masculina que describe Pierre Bourdieu: la palabra del padre representa una injusticia epistémica respecto a la del resto de familiares, dado que se toma como verdad independientemente de los hechos; si el padre dice que va a llover, entonces no se puede salir a jugar, queda prohibido por el hecho de que lloverá, aunque no esté claro que vaya a ocurrir. Eso es lo que expresa ese «lo esperaba». Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama, 2018: 91-93.

¹⁴ Igualmente, los protagonistas no reciben salario alguno en sus tareas, puesto que son esa especie de dones; es otra de las características incumplidas del modelo weberiano.



la culpa —nunca como perdón— o como ralentización del retroceso en la carrera profesional: los abogados o los pintores conceden o prometen a los protagonistas posiciones, documentos o favores siempre como un favor extraoficial. De hecho, K. se queja de ello claramente: «no quiero ninguna gratificación del castillo, sino que se reconozcan mis derechos» (Kafka, 2014: 104). La carrera burocrática del protagonista kafkiano siempre está, por tanto, en los márgenes de la burocracia. De esta manera, la burocracia se revela para los protagonistas como su horizonte utópico: ser burócrata es el sueño, por ejemplo, de Karl Rossman, el protagonista de *América*,¹⁵ quien piensa que, en sus esperanzas, «tampoco había que excluir que lo aceptaran para un trabajo puramente burocrático y, un día, como empleado de oficina, pudiera sentarse ante su mesa y, sin preocupaciones, mirar un rato por la ventana abierta, como el empleado que aquella mañana había visto al atravesar los patios» (Kafka, 2014b: 289). El contrato es buscado y anhelado permanentemente por los protagonistas de Kafka —el caso del agrimensor K. es claro—, pero tienen que conformarse con favores o con obligaciones que suponen una carga para la que no estaban formados.

Aquí también se pone de manifiesto cómo se hunde, en los protagonistas, otro de los rasgos del funcionario weberiano, el del cargo como única o principal profesión. Generalmente, los personajes de Kafka responden a una tarea, excepto los protagonistas, que tienen varias cargas: generalmente, son burócratas que tienen que asumir el peso de una responsabilidad mayor, como Gregor Samsa o Josef K., hasta el punto de tener que abandonar su puesto, o sea, hasta que son expulsados del universo burocrático. Hay, sin embargo, una paradoja porque, a pesar de ser marginados de la burocracia, terminan viendo cómo su vida se ve contaminada por la dimensión que antes estaba reservada solamente al trabajo. K., en *El Castillo*, es claro a este respecto: «En ninguna parte había visto K. hasta entonces lo oficial y la vida tan entrelazados como allí, tan entrelazados que a veces podía parecer que hubieran invertido sus respectivas posiciones» (Kafka, 2014: 83). Esta característica ha sido notada por muchos: Barthes ha dicho que Kafka deshace los «como si» (2002: 191) y Foster Wallace que literaliza las metáforas (Foster Wallace, 2007); en resumidas cuentas, si el funcionario es como un escarabajo, entonces es un escarabajo. En consecuencia, ya no es personalmente libre y sus deberes no son objetivos, como el funcionario ideal weberiano, puesto que el protagonista kafkiano tiene que buscar su ascenso sin saber muy bien lo que tiene que hacer, y no obstante, en todo caso le compete personalmente su nuevo

¹⁵ Aunque en el cuerpo del texto nos referimos a ella, para no dar lugar a equívocos, con el célebre título que le puso Max Brod, está citada en la bibliografía con el título que manejó Kafka, *El desaparecido*.

cargo, su nueva carga. La deshumanización del protagonista kafkiano —ese «desvanecimiento de la personalidad» del que habla Alfred Weber (Harrington, 2007: 55)— no tiene que ver, por tanto, con la asunción de competencias funcionariales sino con la metamorfosis de su vida en una gigantesca tarea burocrática que tiene que llevar a cabo desde fuera de la burocracia misma. De hecho, de manera general, sus deberes son tomados siempre como incumplidos o erróneos, lo que se salda en la atribución de culpa que comentamos anteriormente.

Téngase en cuenta, no obstante, que aquí se pone en juego la cuestión de la disciplina burocrática y la vigilancia administrativa: ha dicho David Graeber que «los procedimientos burocráticos tratan en gran medida de la *no* creación de historias; en un entorno burocrático, las historias aparecen cuando algo va mal» (2015: 183) y eso es exactamente lo que ocurre en Kafka: la disciplina salta como un resorte porque Josef K. o K. ante el castillo suelen saltarse las jerarquías, no responder interrogatorios o despedir abogados, así que están fuera de la burocracia pero, a la vez, interfieren en ella. La disciplina, por tanto, funciona debido al mal funcionamiento de la burocracia provocado —o eso se les hace creer— por los protagonistas.¹⁶ De hecho, tienen una actitud arrogante ante la máquina burocrática —creen poder manejarse en ella mejor que nadie— que se va debilitando a medida que avanzan las narraciones, hasta llegar al punto culmen de *El proceso*, en que, en la conversación en la catedral, el sacerdote muestra a K. que tiene una radical confianza en el sistema a la par que lo culpa de la corrupción y mal funcionamiento de su caso (González García, 1989: 174-175). Con esto, entramos de lleno en esa tensión kafkiana entre el perfecto funcionamiento de la burocracia y el fracaso de la misma en el sujeto principal de la narración.

Hay un pasaje fundamental de *El castillo* que señala Camus, pero equivocándose del todo. Ese pasaje es el capítulo V, tal vez el más importante de la obra de Kafka junto con la célebre carta al padre. Camus dice que «*El proceso* diagnostica y *El castillo* imagina un tratamiento» (2017: 166), habiendo una esperanza en el segundo que era imposible en el primero. Pone el ejemplo del teléfono: «cuando K. telefona al castillo lo que oye son voces confusas y mezcladas, risas vagas, llamadas remotas. Eso basta para alimentar su esperanza» (2017: 166-167). Sin embargo, en ese pasaje fundamental que es el capítulo V, K., junto con el lector, se entera por el alcalde de que

¹⁶ Por ejemplo, la decadencia de la colonia penitenciaria que hace que sea sometida a revisión o el escándalo que K. forma sólo por quedarse quieto en el pasillo donde los funcionarios del castillo estaban trabajando (Kafka, 2014: 360-375).

«en el castillo el teléfono funciona al parecer magníficamente; según me han contado, allí se telefona sin interrupción, lo que, naturalmente, acelera mucho el trabajo. Ese telefonar incesante lo escuchamos en los teléfonos de aquí como zumbidos y cánticos, sin duda los habrá oído también. Sin embargo, esos zumbidos y esos cánticos son lo único exacto y fiable que nos transmiten nuestros teléfonos, todo lo demás es engañoso» (Kafka, 2014: 101).

También Weber se refirió a las capacidades técnicas de la burocracia como un aspecto fundamental de su buen funcionamiento y, entre ellas, destacó los medios de comunicación como «condiciones esenciales» (Weber, 1964: 179). En este pasaje de Kafka, se pone de manifiesto que la burocracia que funciona perfectamente frente al fallo de la misma que experimenta el protagonista: los medios de comunicación están a pleno rendimiento y, sin embargo, el protagonista no puede hacer uso de ellos (o, más humorísticamente y como pretende Kafka, se hace uso de ellos y lo que se percibe son ruidos que podrían interpretarse como bromas infantiles o la consecuencia de que el teléfono esté estropeado). Esto explica que, en las páginas previas a la novela, los personajes secundarios eran capaces de comunicarse con el castillo y K. lo sabe —«incluso desde su mesa pudo oír K. el “No” de la respuesta» (2014: 33)—, mientras que, cuando K. se ponía al teléfono, sólo percibía esos zumbidos.

Del mismo modo ocurre con los expedientes o los documentos. Dice Weber que en la dominación legal-racional con administración burocrática, «rige el principio administrativo de atenerse al *expediente*» (1964: 175) y, por ello, aparecen en Kafka por todas partes escribientes, decretos, escritos judiciales, etc. Sin salirnos del capítulo V de *El castillo*, podemos dar cuenta de cómo los expedientes son plenamente eficaces en la burocracia kafkiana, incluso cuando cometen errores con los protagonistas, y aquí es donde reside el humor siniestro de Kafka y donde topamos, por vez primera, con la objeción de Benjamin, que señalaba que también los absurdos sufridos por el protagonista forman parte de la eficacia burocrática. En este pasaje, K. se entera, también por boca del alcalde, que no necesitan ningún agrimensor —algo que le cuenta, asegura, porque no es «suficientemente funcionario» (2014: 85); de nuevo nos encontramos con el margen de la burocracia—, y que el error se ha debido a decretos que se han perdido o no han llegado con la suficiente rapidez. K., inmediatamente, pregunta perplejo si es que no hay algún tipo de control. Y el alcalde, en otro fragmento decisivo, dice: «¿Que si existen oficinas de control? Solo hay oficinas de control. Evidentemente, no están destinadas a descubrir errores en el sentido corriente de la

palabra, porque no se producen errores e, incluso cuando alguno se produce, como en su caso, ¿quién podría decir en definitiva que se trataba de un error?» (Kafka, 2014: 92). El documento, por tanto, que atestigua que necesitaban o no un agrimensor no está, pero que no esté no quiere decir que la burocracia funcione mal, sólo que no es eficaz con la voluntad del protagonista y, por tanto, la objeción de Benjamin comienza a cobrar validez.

Algo semejante pasa con el escrito judicial que Josef K. tiene que preparar para su proceso. Ese escrito era «un trabajo interminable» (Kafka, 2016: 190) y, sin embargo, más adelante se encuentra con que otro de los acusados, el comerciante Block, ha presentado varios escritos judiciales «que no habían tenido ningún valor» (Kafka, 2016: 248), pero esto lo dice el comerciante de un escrito que era «uno entre muchos» y del que no entendía casi nada. Que el escrito judicial no sirva, por ende, no quiere decir que no sea necesario. Es lo mismo que le dice el guardián al campesino respecto a los sobornos: «sólo lo acepto para que no creas que has omitido algo» (Kafka, 2016: 294).

Lo que nos enseñan los dos ejemplos anteriores es que, en el tratamiento de los expedientes de la burocracia kafkiana, y en esa burocracia en general, hay un tipo particular de eficacia, mucho mayor seguramente que el que Weber reconoce a la burocracia en su tipo ideal. Esa eficacia tiene que ver con que el procedimiento se considera exitoso independientemente de que se alcancen los objetivos del mismo; esa es la enseñanza del proceso de Josef K., y que se pone de manifiesto desde el principio: «también le comunicaron que todos tenían interés en concluir el proceso lo más rápidamente posible; sin embargo, las investigaciones tenían que ser minuciosas en todos los aspectos, aunque, al mismo tiempo, el esfuerzo unido a ellas jamás debía durar demasiado» (Kafka, 2016: 83). La justicia de este tribunal extraordinario no es diferente de su eficacia para resolver los casos, y no porque funcione especialmente bien, sino porque justicia y eficacia coinciden. Así es como la burocracia sobrepasa su tipo ideal y termina convirtiendo los medios en fines, pero esto sólo lo sufre, como hemos visto, el protagonista a partir del cual asistimos al laberinto kafkiano, por lo que podemos comenzar a defender la validez de la hipótesis. No obstante, la pregunta que nos queda por resolver, y cuya respuesta hemos podido empezar a intuir, es si ese absurdo al que se ven sometidos los protagonistas de Kafka es también parte de la eficacia burocrática, o lo que es lo mismo, si la objeción de Benjamin es cierta y debemos, por tanto, deshacernos de la hipótesis.

4. CINCO PROBLEMAS DE LA BUROCRACIA KAFKIANA

Hay otros aspectos de la burocracia kafkiana que no pertenecen al camino que recorre el protagonista, y de los que nos hemos de ocupar en lo que resta. Aunque son asuntos más generales, no por ello son menos decisivos respecto a la afinidad entre Weber y Kafka. De hecho, la pregunta que dejábamos irresuelta en el anterior apartado, podremos abordarla a partir de la última y más importante de estas cuestiones. Podemos enumerarlos como cinco problemas de sus obras: *i)* el problema del abogado; *ii)* el problema de la burocracia patrimonial; *iii)* el problema de los medios de administración; *iv)* el problema de los Estados Unidos; *v)* y el problema de la burocracia totalitaria. Si los llamamos problemas es porque, como se irá entendiendo a lo largo de esta sección, nos enfrentan con aspectos de la relación entre ambos autores que son de difícil interpretación, y sobre los que intentaremos dar aquí algunas posibles soluciones.

i) En cuanto a la diferencia entre un abogado y un funcionario, Weber es muy claro: «la función del abogado es la de dirigir con eficacia un asunto que los interesados le confían, y en esto [...] el abogado es superior a cualquier funcionario» (Weber, 2012: 113). El abogado, dice Weber en estas páginas, tiene que preocuparse por mostrar la conveniencia o la bondad de un asunto «pesando» las palabras, cosa de la que tiene que alejarse el funcionario: «el auténtico funcionario no debe hacer política, sino limitarse a “administrar”, sobre todo *imparcialmente*» (Weber, 2012: 114). Kafka, quien, hasta donde sabemos, no podría haber escuchado o leído estas líneas, las mezcla con su técnica siniestra y, en *El castillo*, escribe: «un funcionario no puede perdonar, sino solo resolver administrativamente y, para ello, tiene que remitirse otra vez a la vía oficial» (Kafka, 2014: 287). Quedémonos, por ahora, con la primera parte de la frase; más tarde nos ocuparemos de esa vuelta a la vía oficial. Como ha dicho González García, en Kafka los abogados abundan y son imprescindibles, pero con ellos no se consigue nada (1989: 79-81). La razón de que los abogados no puedan hacer nada es que son funcionarios de la propia burocracia —recuérdese aquí la célebre frase del famoso sacerdote: todo pertenece al tribunal—, por lo que recurrir a ellos es como pedirle ayuda al propio tribunal de acusación. Aun así, no es la pertenencia al cuerpo de funcionarios lo que problematiza únicamente la figura del abogado —esta pertenencia cierra la burocracia y la convierte en totalitaria, algo de lo que nos ocupamos más abajo—, sino la aplicación del derecho de una manera burocrática. El funcionamiento de la justicia como una máquina es algo que critica Weber cuando habla del funcionamiento del derecho bajo la dominación



legal-racional: «el juez, como ocurre en el Estado burocrático con sus leyes racionales, es prácticamente una máquina automática de artículos jurídicos, en la que se introducen por arriba los expedientes, los costes y demás tasas, y sale luego por abajo la sentencia con los argumentos más o menos convincentes en los que se basa» (Weber, 2008: 101). En Kafka, encontramos ese mismo proceder. Puede pensarse, por supuesto, en el final de *El proceso*, pero más ilustrativa es la máquina de tortura de la colonia penitenciaria, que juzga imprimiendo la falta del acusado en su propia sangre, puesto que *la culpa es segura*. No hay abogado ni juez porque ambos coinciden en la máquina —igual que la legitimidad se agota en la legalidad (Litowitz, 2011). El funcionamiento de la burocracia, por tanto, es tan perfecto que sus abogados no son sólo parte de la misma, sino que no tienen que hacer más que lo que aquella manda. El problema del abogado es que se presenta, en Kafka, como necesario pero inútil, por lo que tal vez se sitúa en la brecha entre la burocracia perfecta y el protagonista errante y perdido, acentuando esa paradoja de la obra kafkiana con su posición intermedia.

ii) A pesar de que González García acepta la tesis de la burocracia de Kafka como tipo ideal, también señala que no ocurre lo mismo en cuanto al tipo de burocracia: «Kafka está atrapado entre dos burocracias, una moderna y otra patrimonial, o mejor dicho, en una burocracia en transición desde el patrimonialismo a la modernidad» (1989: 161). Dice González García que la burocracia de Kafka conserva rasgos autocráticos (semejantes a los de la burocracia de su época) y pone el ejemplo de que todo —hasta las niñas que acompañan al pintor de *El proceso*— pertenece al tribunal. Esta cuestión de la burocracia totalitaria, que bien nos podría hacer pensar que estamos ante unos funcionarios que obedecen no como tales (elegidos por libre selección) sino como siervos —tal es la diferencia fundamental entre burocracia moderna y patrimonial (Weber, 1964: 177)—, la entenderemos mejor cuando nos ocupemos del quinto de los problemas de esta sección. No obstante, puede advertirse ahora un matiz a la tesis de González García. Dado que en Kafka el poder soberano nunca aparece con rostro, sino que se da en toda la crudeza de su poder real, es difícil establecer que los funcionarios han sido reclutados contra su voluntad. De hecho, el anhelo que todos tienen de escalar puestos en la jerarquía del castillo o del tribunal hace pensar más bien lo contrario. En todo caso, este es un punto problemático en Kafka que no está del todo resuelto, ya que, como señala González García, muchos personajes se ven envueltos en la burocracia de manera casi obligada —y obligada por entero en el caso del protagonista—, aunque no sabemos por quién ni por qué.

iii) De todos los aspectos con los que Weber traza el modelo ideal de burocracia y que repasamos en la sección anterior, dejamos de lado uno de los más esenciales: la separación de los medios de administración y el personal usuario de tales medios. En Kafka también aparece, aunque no como un problema fundamental; apenas surge cuando se hace referencia a los uniformes tanto del castillo como del tribunal. En general, los medios de administración aparecen en Kafka en la frontera entre lo público y lo privado: son las casas de los abogados, el armario del alcalde, las posadas, las casas de los arrabales donde está el tribunal del proceso, etc. El modelo ideal weberiano, que es retratado, como hemos visto, por Kafka, encuentra aquí un punto de fuga difícil de resolver. Podemos conjeturar distintas explicaciones —la identificación del mundo con la burocracia y la contaminación, por parte de esta, de la vida ordinaria parece la más plausible—, pero es preferible dejarlo en suspenso como problema, puesto que seguramente se trata del problema de que los medios de administración están separados de los individuos a la par que les pertenecen, y en esta contradicción se funda buena parte de la pesadilla kafkiana.

iv) Tanto Weber como Kafka comparten muchas semejanzas biográficas, pero una que no es señalada casi nunca es la de su interés por Estados Unidos. La *América* de Kafka equivale al viaje que Weber hizo a Estados Unidos en 1904: el protagonista de la novela, Karl Rossmann, llega a Nueva York después de ser expulsado de su casa por un motivo de escándalo amoroso, mientras que Weber hace lo propio a causa de la invitación a una conferencia pero, sobre todo, porque toma el viaje como terapia a sus problemas depresivos (Radkau, 2009: 210-211). Además, la misma fascinación que Weber sentía por el Nuevo Mundo puede observarse en el relato kafkiano de «El fogonero», así como durante la novela que lo amplía (aunque esa fascinación va decayendo a medida que aumenta la trama). Esta equiparación biográfica puede extenderse ya de manera clara a la concepción de la burocracia que ambos encuentran en Estados Unidos: los dos autores señalan que los norteamericanos no distinguen entre burocracia económica y burocracia política. Esa distinción «es propia de la Europa continental [...] y completamente extraña a los norteamericanos» (Weber, 1964: 718). Por su parte, Kafka parte de un tipo de empresa que «hasta donde Karl podía recordar, no se podía encontrar en Europa» (Kafka, 2014b: 57) para terminar, con esa fascinación decreciente que hemos comentado, en ese Gran Teatro de Oklahoma, que hace equivaler el mundo a una burocracia monumental. No obstante, ha de advertirse aquí que *América* es una novela inacabada y fragmentaria, por lo que no podemos afirmar con seguridad que la intención de Kafka fuera mostrar las entretelas burocráticas de la aparentemente diferente

Norteamérica. En todo caso, lo que se pone de manifiesto a lo largo de *América* y de los comentarios de Weber acerca de Estados Unidos es la diferencia entre capitalismo y burocracia que, si bien no nacieron juntos, «se han emparejado íntimamente» (Weber, 2008: 101, nota a pie). Así, bajo la luz de ese problema, proponemos que se lea *América* y el Gran Teatro de Oklahoma, como una burocracia anómala que podría llegar a ser incluso lúdica o espectacular, y que nos acercaría a los problemas del presente.

v) Para terminar, hemos de ocuparnos de un problema fundamental en Kafka, que es el de la burocracia como totalitarismo. Como hemos visto en algunos de los puntos anteriores, muchos aspectos de la literatura kafkiana podrían hacernos pensar en que el sistema burocrático que se pone en juego es totalitario, con la consecuente explicación de que no es que la culpa no esté justificada, sino que hay condena, encierro y aniquilación de inocentes en base a motivos políticos profundamente excluyentes. Esta lectura de Kafka, que ha podido ser hecha tras la segunda guerra mundial, acerca su burocracia a la idea de conspiración o complot, y no porque el totalitarismo haya de venir dado oculto sino porque en ella, de nuevo, no encontramos un poder que ordene de forma totalitaria. Si una de las características esenciales del totalitarismo fue extraída de la excepción soberana que articuló Carl Schmitt¹⁷ y la entendemos como un poder constituyente que se funda continuamente hasta el punto de que el funcionario puede decidir el derecho en el momento de su aplicación¹⁸, en Kafka, por el contrario, encontramos por todas partes poder constituido: todos los personajes actúan por deber. Sin embargo, sí que percibimos cierto aire de complot. Cuando Benjamin anota, en uno de sus cuadernos, que «las oraciones condicionales de Kafka son peldaños que van llevando cada vez más profundo, hasta que el pensamiento finalmente se ha hundido hasta el nivel donde viven sus personajes» (Benjamin, 2014: 173), da con una primera clave. En Kafka, el funcionamiento del tribunal o del castillo siempre se explica mediante conjeturas, suposiciones e información precaria, por lo que el conocimiento que van adquiriendo los protagonistas (y el lector) no pasa de ser rumoroso. Pero, a medida que avanzan las narraciones, ese conocimiento va desmintiéndose —del mismo modo conjetural—, lo que hace pensar que todos los personajes secundarios están confabulados contra el protagonista. Sin embargo, no hay tal complot. Como ha escrito David Sánchez Usanos,

¹⁷ Schmitt, Carl, *Teología política*, Madrid: Trotta, 2009.

¹⁸ Agamben, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-Textos, 2016: 220-221.

«si lo kafkiano puede servir para pensar el poder, creemos que desborda la lógica del complot y se sitúa a otro nivel, más sutil y más actual. La conspiración, con toda la complejidad con la que quepa pensarla, aún presupone racionalidad, intenciones, cálculo, persecución de intereses humanos (la conspiración se plantea buscando el beneficio de un individuo, de una facción, de un grupo o de una élite). En cambio, creemos que en Kafka podemos reconstruir una noción del poder distinta, que trasciende tanto lo político como lo humano» (Sánchez Usanos, 2017: 71).

Este párrafo resume tan bien la obra de Kafka porque en ella hay una apariencia de complot pero sin complot alguno, sino con un sistema racional de dominación que el protagonista, por no encajar en él, sufre hasta el punto de pensar que todo a su alrededor conspira contra él; no obstante, la última frase de la cita (y del párrafo) no encaja. Y no encaja no porque la burocracia sea una cosa tan política como humana —aunque, al contrario que lo que es político, sea indestructible, según Weber—, sino porque el propio Sánchez Usanos, en el párrafo siguiente, comienza la comparación entre Weber y Kafka con el fin de aprehender una conjetura de ese poder.

Lo que hay no es, por tanto, un poder sutil, sino un mundo convertido en burocracia o, en resumidas cuentas, una burocracia que se refiere siempre a sí misma y que es un poder ejecutado sin cabeza. Cuando Weber advirtió ante el abandono socialista de la economía de mercado, identificó uno de los peligros más claros de la burocratización incipiente de la realidad: «la lucha contra una burocracia estatal es inútil y no se puede recurrir a ninguna instancia que en principio tenga interés en enfrentarse a ella y a su poder, como sí ocurre en las empresas privadas» (Weber, 2008: 114). Eso es exactamente lo que ocurre en la literatura kafkiana. El mundo de Kafka es el de la burocracia perfecta, tan perfecta que se identifica con todo lo que le rodea, y el expulsado o el acusado por ese mundo es el individuo que no puede recurrir a nada para volver a entrar a él o para defenderse, tampoco de los errores de la presunta burocracia.

Aquí se muestra que la objeción de Benjamin es del todo cierta, puesto que los absurdos burocráticos se presentan como parte del funcionamiento burocrático más ordinario, y pueden citarse infinitos ejemplos: el expediente perdido de *El castillo*, el mensajero perdido de la muralla china, el mal funcionamiento de la justicia en *El proceso*, etc. Incluso todo el apartado anterior puede ser leído a la luz de la objeción de Benjamin, pero no sólo a esa luz, porque es imposible deshacerse de la hipótesis enunciada para que la objeción tenga sentido. La tensión fundamental en Kafka es que el error pasa por eficaz burocráticamente pero, a la vez, tiene que mostrarse como error; de otro modo no se

provocaría el humor negro y siniestro al que hacen referencia los comentaristas. Por tanto, podemos decir que este aire de complot que tiene la obra de Kafka proviene de que hemos de tomar como ciertas tanto la hipótesis como su objeción, a saber, que la burocracia funciona de manera perfecta hasta que se topa con el protagonista y que, a su vez, los absurdos que comete contra el protagonista son parte de su perfecto funcionamiento. No se puede leer a Kafka deshaciendo esta contradicción.

Cabría preguntarse, como último problema, si este modelo de burocracia puede darse en la realidad, y lo cierto es que David Graeber ha propuesto recientemente una tesis muy semejante, consistente en una definición de burocracia como «forma utópica de organización», debido a que está diseñada de tal modo que impide al funcionariado realizar sus tareas pero, a la vez, en sus análisis «concluyen que el problema no son las exigencias sino la incapacidad individual de cada ser humano que no está a la altura» (Graeber, 2015: 52). Esta tesis encaja con nuestro análisis y sería muy interesante, como posible línea de investigación continuadora del presente trabajo, leer a Kafka de forma sociológica.

4.1. LA SALIDA, LA ESPERANZA Y EL ESTUDIO

Una de las consecuencias cruciales del desarrollo racional de la dominación es que, cuando se instituye un cuadro de administración burocrática, éste se vuelve una máquina indestructible, que se separa de los individuos y que desplaza la pregunta por el poder de la identidad del soberano a quién domina el aparato (Weber, 1964: 178). De sobra conocido es que, en este punto, Weber es muy claro y tajante, sin ofrecer posibilidad alguna de salida; pero, ¿y Kafka? ¿Hay salida de la burocracia kafkiana? A esta pregunta hay dos respuestas no tan contradictorias como parecen a simple vista.

La primera es la más típica, a saber, que, en Kafka, igual que en la burocracia weberiana, no hay salida de la burocracia, bien haciéndola caer o bien escapando individualmente de sus dominios. Lo kafkiano, de hecho, se ha identificado normalmente con una situación angustiante y claustrofóbica, y de ahí que Foster Wallace y Arendt hayan dicho que, más que entretener o evadir como cualquier producto cultural, es una literatura que produce malestar (Arendt, 2005) (Foster Wallace, 2007).

Pero también puede darse otra respuesta, ofrecida por Giorgio Agamben en un imprescindible ensayo sobre la calumnia y la culpa en Kafka. De la parábola o informe, *Ante la ley*, dice Agamben que

«contiene quizás «un consejo». Se trata no del estudio de la ley, que en sí misma no tiene culpa, sino del «largo estudio de su guardián» (*in dem jahrelangen Studium der Türhüters*), al que el campesino se dedica ininterrumpidamente durante su estadía delante de la ley. Gracias a este estudio, a este nuevo Talmud, el campesino, a diferencia de Josef K., logrará vivir hasta el final fuera del proceso» (Agamben, 2011: 45-46).

Continuando la interpretación de Agamben, lo que se pone en juego en el estudio del guardián es el señalamiento de la burocracia misma. Son pocos los momentos en la obra de Kafka en los que se nombra al elefante en la habitación, son pocos, pero los hay. Y casi siempre son momentos rotundos, donde la burocracia, con toda su violencia, se pone en primer plano. En *El proceso* hay otro de estos momentos, cuando Josef K., al observar cómo azotan a los funcionarios que le detuvieron, dice: «no los considero culpables, culpable es la organización, culpables son los funcionarios superiores» (2016: 138-139).

El estudio del guardián es esa atribución de culpa a la burocracia; la tesis de Agamben es, de hecho, que el fracaso de Josef K. se debe a la autocalumnia que hace sobre sí. Sin entrar en ella, el problema de los personajes de Kafka es que se arrogan a sí mismos la culpa o, directamente, no les importa por qué les ocurre lo que les ocurre, sino que sólo quieren solucionarlo y ponen todo su empeño en el procedimiento racional de la solución, como en el caso del escarabajo Gregor Samsa. Pero hay veces en que esta atribución de culpa se tuerce. La más clara es la del cazador Gracchus —recuérdese que *kafka* en checho significa grajo—, un hombre muerto que no ha conseguido pasar a la otra vida dado que su «barca de la muerte erró el camino» (de nuevo, *ese* humor). El cuento termina con esta conversación: «¿Hay alguna culpa? [dice Gracchus] / —A mí no me corresponde decidirlo —dijo el alcalde—, pero tampoco me parece que haya culpa alguna. Pero, ¿quién si no tiene la culpa? / —El piloto —dijo el cazador» (Kafka, 2017: 344). En una segunda versión del cuento, sin embargo, Kafka no atribuye culpa a nadie y hasta dice «el hijo pequeño del piloto sabe más que tú, mucho más» (Kafka, 2017: 351).

El estudio del funcionario, señalándolo directamente, es lo que permite no una salida, pero sí vivir en una prórroga indefinida en el mundo burocrático. Benjamin lo dijo también acerca de Kafka, en una frase memorable y que Agamben, en sus libros, cita incansablemente: «el derecho que ya no es ejercido y que solo es estudiado, esta es la puerta de la justicia. La puerta de la justicia es el estudio» (Benjamin, 2014: 63). Kafka nos sitúa en un mundo sin salida del que sólo cabe llegar a comprenderlo, sin querer salir, sin querer

salvarse. Esa es, aunque quizá tampoco lo sea, la única esperanza que permite la burocracia kafkiana.

5. CONCLUSIONES

Al comienzo de este trabajo, planteamos la hipótesis de que, en el mundo de Kafka, se cumplía el modelo ideal de la burocracia weberiana a la par que mostraba todas sus irracionalidades y absurdos en los sujetos protagonistas de su literatura. Hemos probado esta hipótesis a partir, especialmente, de sus novelas *El castillo* y *El proceso* —las más significativas respecto a la burocracia— señalando que el personaje K. que circula por ambas novelas observa cómo en él fracasan, o él mismo incumple, muchas de las características de la burocracia weberiana: se salta las jerarquías con una actitud arrogante, no tiene deberes objetivos, se debe a documentos que no existen o que se han perdido, no tiene contrato ni cualificación profesional, no sabe o no puede utilizar los medios de comunicación, etc.

Pero, al mismo tiempo, hemos visto es que la objeción a la hipótesis, que planteamos a partir de la obra de Walter Benjamin, es también cierta: todos aquellos errores o fracasos de la burocracia suelen estar justificados como aciertos eficaces del sistema, por lo que el ambiente que rodea al protagonista kafkiano es de extrema racionalidad y perfección. A su vez, los personajes secundarios que se enfrentan con el protagonista no sólo están más que adaptados al mundo burocrático kafkiano, sino que suelen contar con mucha más información que el protagonista, por lo que parecen manejarse mejor.

Al ser ciertas tanto la hipótesis como la objeción, hemos de concluir que, si se lee la obra de Kafka a partir de la de Weber, aparece la tensión que articula el concepto de lo kafkiano, que suele ser referida a partir de la cuestión del humor negro y que consiste en que el sujeto-protagonista del relato sufre las consecuencias absurdas de que el mundo se haya convertido en burocracia sin que por ello esta burocracia funcione de manera fallida. La burocracia kafkiana funciona de manera perfecta, y también sus errores son parte de ese funcionamiento perfecto, pero han de ser exhibidos como errores que frustran las intenciones del protagonista en lugar de solventarlas. Esta es la tensión eminente de Kafka y lo que lo vuelve satírico a la par que terrorífico.

Por otra parte, a partir de los objetivos secundarios, hemos abierto distintas líneas de investigación que podrían ser continuadas en el análisis de la afinidad electiva entre Weber



y Kafka, como el interés de ambos por Estados Unidos y la observación de una burocracia que podría parecerse más a la actual, sin distinción entre la política y la económica. En todo caso, muchos de los temas que han ido surgiendo en este trabajo ponen de manifiesto que Kafka no necesita ese pegajoso concepto de actualidad. Como han dicho muchos de sus comentaristas, su obra se sitúa entre lo histórico y lo eterno, pero también entre la tragedia y la comedia, entre el realismo y la fantasía; y, por supuesto, en la infinitud donde las interpretaciones no se agotan, aunque de las cuales tal vez la más privilegiada sea la de Max Weber, compañero de viaje inesperado que, en su conversación incesante, da algo de luz en los laberintos oscuros de lo kafkiano.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, J. (2019): «Max Weber y el tipo ideal burocrático hoy» en *XIV Congreso. Vigencia y actualidad del pensamiento de Max Weber en las administraciones públicas contemporáneas*, Salamanca: 1-25. <https://aecpa.es/es-es/max-weber-y-el-tipo-ideal-burocratico-hoy/congress-papers/2859/> (último acceso: 10/08/2021).
- Agamben, G. (2011): «K» en *Desnudez*, traducción al español de M. Ruvituso & M. T. D'Meza, Buenos Aires, Adriana Hidalgo: 31-54.
- Arendt, H. (2005): «Franz Kafka: una reevaluación. En ocasión del vigésimo aniversario de su muerte» en *Ensayos de comprensión 1930-1954. Escritos no reunidos e inéditos de Hannah Arendt*, Madrid, Caparrós Editores: 91-104.
- Barthes, R. (2002): «La respuesta de Kafka» en *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral: 187-193.
- Benjamin, W. (2014): *Sobre Kafka. Textos, discusiones, apuntes*, traducción al español de M. Dimópulos, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.
- Butler, J. (2019): *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, traducción al español de J. Cruz, Madrid Cátedra.
- Camus, A. (2017). «La esperanza y lo absurdo en la obra de Franz Kafka» en *El mito de Sísifo*, Madrid, Alianza Editorial: 157-174.
- Foster Wallace, D. (2007): «Algunos comentarios sobre lo gracioso que es Kafka, de los cuales probablemente no he quitado bastante» en *Hablemos de langostas*, traducción al español de J. Calvo, Barcelona, DeBolsillo: 79-84.
- González García, J. M. (1989) *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*, Madrid, Visor.
- Graeber, D. (2015): *La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia*, traducción al español de J. A. Weyland, Barcelona, Ariel.
- Harrington, A. (2007) «Alfred Weber's essay "The Civil Servant" and Kafka's "In the Penal Colony": the evidence of an influence», *History of the Human Sciences*, 20, 3: 41-63.
- Jørgensen, T. B. (2012): «Weber and Kafka: the rational and the enigmatic bureaucracy», *Public Administration*, 90, 1: 194-210.
- Kafka, F. (2004): *Aforismos, visiones y sueños*, Madrid, Valdemar.
- Kafka, F. (2012): *La metamorfosis*, Madrid, Alianza Editorial.
- Kafka, F. (2014): *El castillo*, traducción al español de M. Sáenz, Madrid, Alianza Editorial.
-



- Kafka, F. (2014b): *El desaparecido*, traducción al español de M. Sáenz, Madrid, Alianza Editorial.
- Kafka, F. (2016): *El proceso*, traducción al español de J. R. Arias, Madrid, Valdemar.
- Kafka, F. (2017): *Cuentos completos*, traducción al español de J. R. Arias, Madrid, Valdemar.
- Kundera, M. (2012): «En alguna parte ahí detrás» en *El arte de la novela*. Barcelona, Tusquets: 119-141.
- Litowitz, D. (2011): «Max Weber and Franz Kafka: A shared vision of modern law» en *Law, Culture, and the Humanities*, 7, 1: 48-65.
- Radkau, J. (2009): *Max Weber. A biography*, Cambridge, Polity Press.
- Sánchez Usanos, D: (2017): *A tres versos del final. Filosofía y literatura*, Madrid, Siglo XXI.
- Warner, M. (2007): «Kafka, Weber and organization theory», *Human Relations*, 60, 7: 1019-1038.
- Weber, M. (1964): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España.
- Weber, M. (2008): *Escritos políticos*, traducción al español de J. Abellán, Madrid, Alianza Editorial.
- Weber, M. (2012): *El político y el científico*, traducción al español de F. R. Llorente, Madrid, Alianza Editorial.



SOBRE EL AUTOR

Julián Chaves González

Investigador predoctoral

Universidad Carlos III de Madrid

Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1211-7906>

Contact information: correo electrónico: : juchaves@hum.uc3m.es